

LECTORES Y TRADUCTORES DEL *APHORISMI DE COGNOSCENDIS & CURANDIS MORBIS* (S.XVIII)

Mauricio Sánchez Menchero

Rosa Angélica Morales

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
Universidad Nacional Autónoma de México

I. Presentación

Durante el siglo XVIII la obra de Hermann Boerhaave (1668-1738) logró un impacto de gran influencia sobre el área médica con uno de sus libros más editados y traducidos: *Aphorismi de cognoscendis, et curandis morbis, in usum doctrinae domesticae digesti* (Leyden, 1709). Se trata de un libro moderno que hacía uso de un viejo estilo retórico. En el *Tesoro de la lengua castellana o española*, Sebastián de Covarrubias Orozco apunta lo siguiente:

Aforismo es nombre Griego, pero usado en nuestra lengua Castellana de los médicos. Galeno dize ser un cierto genero de doctrina, y metodo, que con breves y sucintas palabras circunscribe, y ciñe todas las propiedades de la cosa. [...] Como se colige en los aforismos de Ptolomeo in centiloquio. Los aforismos de Hipocrates (1674: fol. 13r)

Es decir, Boerhaave, el conocido Hipócrates moderno, se sirvió de los aforismos para poner en circulación, mediante breves sentencias aleccionadoras una serie de reglas médicas para “saber curar las enfermedades”. El libro escrito en latín logró desde sus inicios un éxito comercial, lo que derivó en varias ediciones del original por distintas casas editoriales europeas. Por ello mismo, el formato de los *Aforismos* (tamaño, tipografía, interlineados), estuvo sujeto a lo largo del dieciocho, incluso del diecinueve, a diversas alteraciones, tanto relacionadas con su contenido como con su estructura (supresión o adenda de capítulos).

Estamos ante una obra que sirvió como una pieza fundamental de consulta y estudio en bibliotecas universitarias o privadas. Un texto que funcionó para la composición de la mayoría de tratados contemporáneos de su época que sirvieron de base para el desarrollo de la medicina moderna. La traducción se efectuó pronto del original latino a lenguas vernáculas como el inglés y el francés y, más tarde, también al castellano. Pero de forma paralela los *Aforismos* se imprimieron, editados y comentados por el médico Von Swieten (1700-1772),

quien fuera uno de los discípulos más connotados de Boerhaave, lo que mantuvo la vigencia de la obra de forma ininterrumpida por toda Europa y también en América.

Se trata en definitiva de un libro médico excepcional, que desde la óptica de la historia cultural, permite reconstruir no sólo las prácticas terapéuticas, sino las lecturas y las representaciones que, como en nuestro caso, los novohispanos se hacían de dos vocablos tan importantes y elementalmente humanos como *curandis* y *morbis*. Todo ello mediante el trabajo metodológico e interdisciplinario esbozado por autores como Chartier, Burke y Darnton, es decir, una convergencia de especializaciones como la crítica textual, la crítica literaria y la historia de la lectura. Lo anterior sin olvidar la paleografía, la historia de la traducción y la lexicografía científica.

Bajo este enfoque historiográfico, vamos a referirnos en esta comunicación a los rasgos materiales de las ediciones de los *Aforismos* que llegaron a la Nueva España, así como algunos ejemplos de su contenido relacionado con las fiebres. En primer término estableceremos un breve panorama del contenido de esta obra, así como un esquema de las principales y diferentes impresiones en su transmisión, imprescindibles para entender su impacto en el desarrollo de la medicina moderna.

II. Estructura, contenido y difusión

En los *Aforismos*, un libro que es muchos libros, se organiza el conocimiento para el tratamiento de las enfermedades en pequeñas capitulaciones como hemorragia, dolor, fiebres, etc. En estos subcapítulos se encuentran descritos, en diminutos párrafos enumerados, cápsulas informativas que constituyen ideas sintéticas sobre anatomía, diagnóstico y terapéutica. Además, el lector podía encontrar en estas partículas de saberes, numerales de referencia a otros subcapítulos. Es decir, se trata de una obra de lectura lineal y continua, pero al mismo tiempo multirreferencial, de ida y vuelta entre los diferentes aforismos¹.

En los *Aforismos* están contenidos el saber terapéutico y farmacológico de la medicina clásica como el *Corpus Hippocraticum* (s. V-IV a. c.). Pero a diferencia de los autores renacentistas, el humanismo de Boerhaave se construyó bajo la seguridad del conocimiento de la tradición médica, sí, aunque de mano de la exploración anatómica, la experimentación y el diagnóstico con técnicas de medición como el termómetro. Las citas de las *Auctoritates* se disuelven y, en su lugar, se presentan y representan los conocimientos provenientes del estudio médico. Porque si para el estudio de “la causa de las enfermedades” las aportaciones de los “servicios

¹ Hoy pensaríamos en un hipertexto con sus hiperlinks, ligas o enlaces.

esenciales de los griegos, [y] la diligencia de los árabes”², fueron importantes, sólo pocos documentos clásicos contaban con datos precisos para su aplicación individual.

Una tarea que realizó con acierto el médico holandés fue la de organizar sus *Aforismos* de acuerdo con sus especialidades específicas, a las que correspondían unas indicaciones terapéuticas concretas. Sin embargo, a pesar de esta particular y moderna organización sistemática, los *Aforismos*, en un principio, sólo se transmitieron por medio de la tradición lingüística clásica del latín. Desde su primera edición, en 1709, hasta casi cien años después en Madrid (1798-1801), la obra en su primera versión, conservó su lengua latina. Una disposición obligada por cierta parte del público especializado al que iba dirigida: los estudiantes universitarios.

Pero en el dieciocho los *Aforismos* de Boerhaave también fueron vertidos a lenguas vernáculas y apuntalados con comentarios de especialistas –discípulos suyos- y traductores. Por el reducido espacio de esta comunicación sólo haremos referencia a tres tipos de ediciones: la original en latín de 1709, la comentada y editada de 1721 y la reeditada de 1798 y 1801, en la que se combinaron los estilos de las dos ediciones anteriores. Así tenemos que en la primera edición, en un solo volumen en cuarto, aparecían 1479 aforismos. En cambio, en la edición de 1721, hecha en Leiden y todavía vivo Boerhaave, también en cuarto y en un volumen, estaban contenidos 1495 aforismos (16 más que en la primera edición), mientras que la edición madrileña de 1798-1801, en cuarto y dos volúmenes, aparecían 1495 aforismos más un apéndice con 30 subcapítulos.

Desde luego las diferencias que mantienen la edición original de Boerhaave con las de 1721 y 1798-1801 tienen que ver con las adendas y sustracciones que se hicieron por la voluntad de los comentaristas o de los editores que pensaban en determinados públicos. En cuanto a los temas contenidos tenemos que si la edición de 1709 terminaba hablando de las enfermedades venéreas, la de 1721 se aumentaba con los temas de raquitismo y de reumatismo. Por su parte, la de 1798-1801 añadía una oración al final del volumen primero (*Oratio de commendando studio Hippocratico*), mientras que al final del segundo se editaba el apéndice antes señalado (*Appendix in qua morbi aliqui a Boerhaavio omissi in commodum tironum apponuntur*) con temas como asma, tos, cólicos y diabetes.

Si además cotejamos sinópticamente estas tres ediciones, se podrá observar que tanto la obra original como la de 1721 carecen de citas y de pie de página, mientras que la de 1798-1801 las propicia con un propósito de mejor comprensión y contextualización, aparte de tener una

² Boerhaave's Aphorisms: Concerning the [manus. tachado] Knowledge and cure of diseases. Translated from the last edition printed in latin at Leyden, 1728, s/p.

tipografía mayor, lo que provocaba una lectura más asequible, contenidas, eso sí, en un mayor número de volúmenes y páginas impresas. Un ejemplo donde se observa esta diferencia, es el caso del aforismo 3, que en la edición original, al inicio de los Prolegómenos, se anota:

Por lo tanto [sin la habilidad del médico, la gente], no sabe el origen de la vida y su salud, y otro defecto en ellos, es que no son capaces de conocer al agente de la enfermedad³.

A dicha cita, la edición anotada de Joannes Baptista Soldevilla de 1798 añade, después de la palabra salud (*sanitatis*), un pie de página. En esta se habla de la importancia de la cirugía que auxilia a la medicina, como ciencia particular, por su tendencia a la observación para conocer “cuántos y cuán grande es la vida, la salud, las funciones, las enfermedades, sus causas y también, el resultado final”.

Gerard von Swieten, además de ser discípulo de Boerhaave se convirtió en uno de sus comentaristas más célebres. Es el caso de sus *Commentaria in H. Boerhaave, Aphorismi*, una obra editada en numerosas ocasiones y siempre impresa en media decena de volúmenes. Un trabajo que superaba el mero esfuerzo para editar el texto original del maestro de la forma más fiel posible. Por ejemplo, dos años después de la muerte de Von Swieten, los *Commentaria* fueron impresos en varios volúmenes escritos en latín e impresos en la ciudad de Lovaina (1774). En esta edición, se superaba una vez más cualquier esfuerzo ecdótico y aumentaba considerablemente los aforismos de su maestro, acompañados con sus anotaciones a pie de página. Por ejemplo, para la entrada *epilepsia*, mientras que los aforismos boerhaavianos, editados en 13 páginas (222 a 235) iban del número 1071 al 1088, los comentarios de von Swieten respetaban los mismos números pero ocupaban 86 páginas (183-269). ¿Por qué la diferencia? No por la tipografía ni el interlineado, sino debido a los pies de página. Es decir, si el médico holandés había utilizado 16 en el tema de la epilepsia, von Swieten casi llegaba a los 150 (148).

Este procedimiento argumentativo, para ir complementando materiales, se especializó en manos de los comentaristas o los traductores. Desde luego, el material vertido está pensado para que su posible público cuente con elementos de contextualización y una mejor comprensión de la obra. Una práctica ésta que se va extender para la obra boerhaaviana a lo largo del tiempo hasta alcanzar el siglo XIX. Por ejemplo, en una edición de los *Aforismos para conocer y curar las calenturas*, sacados de los de Boerhaave, el número 350 correspondiente a la “calentura biliosa”, donde se señala:

³ H. Boerhaave, Aphorismi “Qui ergo actionum vitalium, naturalium, atque animalium exercendarum requisita ignorat, adeoque Vitae causas nescit, et sanitatis, ille defectum illarum, id est morbos, cognoscere non poterit”

Acaso no hay otra calentura que tenga variaciones tan multiplicadas como esta, ni que se mude de tantas maneras, siendo de un carácter verdaderamente *proteiforme* (*), no solamente en diferentes años, sino aun reinando la misma constitución.

A lo que el cirujano Antonio Lavedan, afincado en España, apunta para el término *proteiforme* el siguiente comentario a pie de página señalado con un asterisco (*):

Los antiguos poetas nos han representado á Proteo como un Dios que poseía el secreto de tomar toda suerte de formas; por esta razón da Morton en su *Pyretologia* el nombre de *Proteiforme* á los síntomas irregulares de las calenturas intermitentes.

Así, pues, las ediciones en el contenido a la obra original del médico holandés, mediante adiciones o sustracciones, buscaban favorecer el uso práctico de un texto que, durante décadas, sirvió como manual de consulta a personas con muy diferente formación. Si la disposición en aforismos actuaba como elemento facilitador de las consultas a los estudiantes y médicos, la finalidad de los comentarios era la de ayudar a entender más cabalmente los procedimientos terapéuticos no sólo a los especialistas, sino a un público más amplio. Estos cambios nos hablan por sí solos de la gran popularidad alcanzada por la obra de Boerhaave a lo largo del tiempo; pero lo hacen igualmente de su influencia en el desarrollo de la disciplina médico-farmacéutica posterior.

Pero el peso boerhaaviano para establecer una medicina moderna no se produjo de manera unánime y simultánea por todo el mundo. Sucede, lo expresa metafóricamente José Emilio Pacheco, como cuando se lanza una botella al mar, porque “nunca sabremos a quién ni adónde la llevarán las mareas”⁴. Esto es palpable en la Nueva España, donde las palabras de Boerhaave arribaron, pero con un significado que fue apropiado y modificado a su ritmo.

Aquí nos acercamos a una de las dificultades que encierra la historia de la lectura. Y es que, en primer término, hay necesidad de construir fuentes porque hay escasos testimonios sobre cómo se leía en el pasado. Pero al menos existen intentos por saber qué leían los novohispanos ilustrados, como en nuestro caso. Es decir, el estudio de bibliotecas privadas. Porque a pesar de que la mayoría de éstas desapareció, al menos nos han dejado el registro de lo que contenían. Un propósito que iniciamos en 2008 y que por el momento arroja 22 bibliotecas con más de 3000 registros de libros.

Se trata de las listas de bienes contenidos en documentos de intestados que nos han permitido construir bibliografías. El camino no ha sido fácil porque la única pista para reconstruir estos registros bibliográficos, en su casi totalidad, consistía únicamente en el nombre del autor o del

⁴ J. E. Pacheco, *Los trabajos del mar*, México, Era, 1983, p. 72.

título, pero las más de las veces de forma incompleta. Aún así, este mapa bibliotecario nos arroja al menos un perfil de lectura en la Nueva España. Se trata de una muestra donde los dueños iban desde un virrey hasta médicos, militares, mineros, religiosos o bachilleres. La temática es muy variada, aunque prevalece, cómo si no, la religiosa.

Pero para aterrizar específicamente en el ámbito de lo que se leía, decidimos abordar como ejemplo el área médica. Desde luego, la literatura analizada aborda obras especializadas de botánica, farmacéutica, anatomía y terapéutica. Y en estas áreas es donde nos encontramos obras de Hermann Boerhaave y algunos de sus contemporáneos. Es el caso de los *Aforismos*, entre otros libros del médico holandés. Así, tenemos que tan sólo en las bibliotecas privadas del químico Luis Fernando Lindner y en la del polígrafo José Antonio de Alzate se encontraban los *Aphorismi*. Sin embargo, otras obras del médico holandés estaban repartidas en siete bibliotecas de galenos novohispanos. Entre ellas, los *Aforismos de Cirugía*, *Elementos de química*, *Método para estudiar la física*, *Historia de las plantas y práctica de las Medicina*, *Materia de la Medicina*. También están presentes las obras boerhaavianas comentadas por Von Swieten, o bajo su influencia, como la de los cirujanos españoles Antonio Lavedan, Juan Galisteo y Xiorro o Andrés Piquer y Arrufat.

La presencia del moderno Hipócrates, contrasta con la de la autoridad del clásico griego, cuyos *Aforismos* se encuentran presentes en tres bibliotecas novohispanas, así como comentarios a la misma. Tal es el caso de Tomás Burneo, con *Epítome de las Obras de Hipócrates*, Luis Lemosio, *Índice de las obras de Hipócrates*, Antonio Valecio, *Comentarios sobre libros de Hipócrates* o Jerónimo Pardo, *Tratado del vino aguado y agua envinada, sobre el aforismo 56 de la sección 7 de Hipócrates*.

Lo que es cierto es que la variable censura no fue un factor determinante para que llegara la obra de Boerhaave. Al menos su obra no aparece en los edictos de libros prohibidos o expurgados dados a la luz pública entre 1790 a 1819. Por el contrario, aparecen obras del médico calvinista, como *Elementos de la Química* de 1776, que llevaban impresos la aprobación del Inquisidor General del Santo Oficio de la Oficina del libro en Venecia, por no contravenir en “cosa alguna la Santa fe católica”. En todo caso, la barrera a la circulación de las obras boerhaavianas estaba ejercida por los mismos precios de los libros. Por ejemplo, las *Instituciones médicas* de Boerhaave comentadas por La Metrié tenían un costo de 8 pesos. En cambio, editados y traducidos al castellano por los hermanos Galisteo y Xiorro, el *Tratado de las enfermedades de huesos* de Jean-Louis, tenía un precio de 2 pesos o los *Principios de cirugía* de Georges de La Faye solamente 1 peso.

III. Lecturas boerhaavianas

La presencia, aunque limitada, de Boerhaave en la Nueva España da muestras de un mundo que a su propio ritmo avanzaba en el desarrollo de una medicina moderna. Así al menos es la reflexión del médico José Ignacio Bartolache:

Después que salieron a luz las obras del Euclides médico, Herman Boerhaave, nadie pienso que podrá atreverse a decir una palabra de la tanta veces acusada incertidumbre de la medicina. Sólo este hombre de los siglos, el más sabio de cuantos médicos le precedieron, demostró de intento y de hecho en sus admirables escritos [...] que un médico juzgando conforme a las [leyes] de naturaleza, [...] puede tener muy bien conocidas y aun contar sobre ellas con mucha mayor seguridad que el [jurisconsulto] sobre las que procedieron de humana legislación...

No existen mayores referencias a Boerhaave en la obra de Bartolache. Pero en el *Mercurio Volante* nº 3, que se intitula “Memoria de un anónimo sobre la importancia de la anatomía para la medicina”, se intuye la influencia boerhaaviana en cuanto al modelo hidráulico del cuerpo humano, “compuesto de tuberías membranosas o vasos”. Así, para el médico novohispano, era claro que la vida consistía “en una circulación constante de fluidos, [que] depende no solamente de la temperatura de éstos, sino también de un cierto movimiento de parte de los sólidos”. De ahí que la salud para el médico holandés consistiera “en mantener la adecuada presión de los fluidos en los receptáculos humanos”⁵. Por ello, la muerte –según Bartolache– se convierte en un asunto próximo a la vejez, donde se “hace patente que las fibras motrices se vuelven poco a poco duras e inflexibles, los poros se obstruyen y los vasos se llenan demasiado”.

Por su parte, José Antonio Alzate, editor de la *Gaceta de Literatura de México*, sostuvo puntos de vista sobre la enfermedad y la terapéutica, que en primera instancia no mantienen correspondencia con los presupuestos de la medicina de Boerhaave. En el paradigma médico que se difundió en la *Gaceta* el paciente permanece diluido, sin cobrar la singularidad que tanto pregonaba el maestro de Leiden. Sobre todo, al momento de establecer un buen diagnóstico y su consabido tratamiento. Para Boerhaave el diagnóstico se debía establecer una vez que el médico había asentado “el sexo del enfermo, la edad, su profesión, su género de vida y sus enfermedades antecedentes conocidas”.⁶ Después de esto se contaba con mayor información, que permitía ponderar las propias observaciones sobre la enfermedad.

⁵ M. Lindemann, *Medicina y sociedad en la Europa moderna 1500-1800*, Madrid, Siglo XXI, p. 88.

⁶ M. Stoll, *Aforismo de Boerhaave para conocer y curar las calenturas dados a luz en latín por Maximiliano Stoll*, Tr, libremente al castellano por el doctor don Antonio Lavedan, Madrid, Imprenta de Don Francisco de la Parte, 1817, p. 40.

Cuando Boerhaave habló sobre calenturas en general, reconoció que antes de comenzar cualquier tratamiento, había que dejar que el síntoma tomara su propio curso, para luego establecer correctamente su tratamiento. “Cuando una calentura no está todavía determinada ó conocida, se debe abstener el médico del uso de los remedios heroicos, y servirse solamente del método indirecto y contra los síntomas generales los más sobresalientes de una calentura no conocida”.⁷

Boerhaave revolucionó el campo de la terapéutica al insistir en la necesidad de conocer la proporción adecuada de los medicamentos (cantidad adecuada), su correcta aplicación y las circunstancias no sólo del paciente sino del tipo de la enfermedad. Por todo ello, las cualidades de un buen facultativo giraban en torno a la habilidad de éste para la administración correcta de los medicamentos.⁸ Algunas partes que fueron difundidas en la *Gaceta* con temas médicos, se destacan por la minucia con la que los médicos se abocan a describir los síntomas de las enfermedades, así como en las formas de preparación, tiempos y dosis de tratamientos estandarizados, en la que destacan, como es el caso de las fiebres intermitentes la quina, el jarabe de altea, alcanfor y kermes. En los dolores de costado se consideraban las sangrías como uno de los específicos para remediarlas.⁹ Como ya han señalado algunos estudiosos de Alzate, éste estuvo lejos de ser un crítico de los sistemas teóricos sobre el cuerpo y la enfermedad de su época, ya que su interés era inminentemente práctico,¹⁰ es decir, aportar información útil a la salud de los pobladores novohispanos.

Boerhaave sostuvo dos principios centrales: la observación y la experimentación; mismos que son compartidos por Alzate y los cuales constituyen también el horizonte en que se establecieron los juicios sobre la verdad. Sin embargo, Boerhaave y Alzate los utilizan para ver cosas distintas. Si bien los juicios de ambos están sustentados en la verificación de una realidad, éstos permanecieron anclados a la materialidad de objetos distintos. El sabio novohispano no ve cuerpos, sino recursos terapéuticos. Por ello su afán de enlistar toda aplicación de recursos terapéuticos provenientes de la flora y fauna local. Traemos a colación las recomendaciones que Alzate hacía con respecto al uso del jarabe de ajolote para curar la tisis:

⁷ *Ibidem*, p. 321.

⁸ Boerhaave, Herman, *Aphorismos Concerning the Knowledge and Cure of Diseases*, Printed for R. Cowse and W. Innys, In St. Paul's Church-Yard, London, 1715, pp. 3-4.

⁹ J. A. Alzate y Ramírez, “Descripción de las pulmonías y dolores de costado, con el método de curarlo por D. Juan José Bermúdez de Castro, profesor de medicina en esta corte”, *Gaceta de literatura de México*, t. I, reimpresión en la oficina del Hospital de San Pedro, Puebla, 1831, p. 142.

¹⁰ Viesca, C. y J. Sanfilippo, “La medicina en las Gacetas de Literatura” en Aceves Pastrana, Patricia, (ed.), *Periodismo científico en el siglo XVIII: José Antonio de Alzate y Ramírez*, Universidad Autónoma Metropolitana/Sociedad de Química de México, México, 2001, p. 259.

Pero lo mas importante que tengo que comunicar en beneficio de los hombres, es su eficacia para combatir la tisis, enfermedad que tanto resiste á los medicamentos conocidos. Es bien notorio, que el conocimiento de los mas eficaces remedios, no se deben ni á las oficinas de los químicos, ni á los conocimientos teóricos del mas hábil médico: la experiencia es el Cristóbal Colon, que descubre, no nuevos mundos, sino utilidades mas efectivas respecto á la salud. Solicitar el donde, como, ò por quien se verificó que la planta era buena para esto, tal insecto para esto otro: á mas de que es casi imposible verificarlo, no es lo mas importante; pero sí lo es haber presenciado hechos que manifiesten el que un moribundo se estableció por el uso de alguna preparación.¹¹

Alzate recurrió a esta misma base argumentativa una y otra vez. La observación y sus repetidas comprobaciones se convirtieron en la clave que según él le brindaba la legitimidad suficiente para recomendar su utilidad práctica.¹² El entusiasmo del sabio novohispano estaba enmarcado en la embestida de las empresas trasatlánticas, que emprendieron nuevas campañas de exploración y comercialización, para obtener lo que Londa Schienbinger ha descrito como el oro verde del siglo XVIII.¹³ Es un contexto de fuerte expansión comercial, en la que los sistemas de clasificación permitieron renombrar y reorganizar una riqueza natural previamente designada. Y es justamente ahí cuando resuena la voz de Alzate, quien emprendió una lucha casi en solitario, por defender una cultura organizada bajo otros supuestos. Para él, las plantas debían seguir organizadas bajo los criterios de su utilidad terapéutica, alimenticia, tintórea, etcétera, pero sobre todo por ser un bien en pro del bienestar público.

No obstante, la historia nos ha demostrado que los sistemas de clasificación natural y artificial contribuyeron en definitiva a la homogenización, tanto de la sistemática como de la nomenclatura botánica. Esto actuó positivamente en el dominio de los médicos y boticarios al momento de entrar en contacto con los recursos terapéuticos provenientes del reino vegetal.

¹¹ J. A. Alzate y Ramírez, "Ajolote", *Gacetas de literatura de México*, t. II, reimpresa en la oficina del Hospital de San Pedro, Puebla, 1831, pp. 53-54.

¹² Alzate, en su estudio sobre el ajolote, trae a colación que su abuela Lugarda Pérez vivía en una zona aislada en la que no había médico ni boticario. Y su actitud piadosa por los pobres la llevó de alguna forma a suplir a los facultativos, llegando a realizar cirugías relativamente sencillas, obteniendo de los indios algunas recetas con buenos resultados. Una de estas importantes recetas fue el jarabe de pellejo de ajolote, que era utilizado para curar la tisis. Alzate señala que era sabido que los indios de Ixtacalco recurrían a dicho jarabe, ya que por sus propias actividades estaban expuestos permanentemente a las tercianas o fiebres intermitentes. Ellos tomaban el jarabe y después de tres o cuatro días regresar a sus labores de cultivo en huertos y chinampas. Alzate consideraba que el jarabe de pellejo de ajolote eran tan bueno como el específico de la quina para curar las fiebres. *Ibidem*, p. 55.

¹³ Schiebinger, Londa, *Plants and Empire. Colonial Bioprospecting in the Atlantic World*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts and London, England, 2004, p. 7.

Asimismo, sirvió para demostrar el triunfo del sistema de Linneo en su eficacia para describir, organizar y clasificar el mundo natural. Dicho por Staffan Müller-Wille, los trabajos de Linneo en la actualidad siguen siendo una herramienta para botánicos y zoólogos, no así los textos de Buffon, quien fuera uno de los autores predilectos de Alzate, tratándose de la historia natural. El naturalista francés fue uno de los críticos más aguerridos del sistema artificial de Linneo. Sin embargo, hoy en día es básicamente leído por historiadores de la ciencia y de la literatura.¹⁴

Con todo lo anterior podemos señalar que Alzate, sin ser médico de profesión ni tampoco un lector del total de la obra de Boerhaave, se sintió inclinado hacia la instauración de la nueva virtud epistemológica a la hora de conocer y aprender la realidad. La inducción cedía paso a la instauración de un método sustentado en la observación y la verificación de los hechos. El sabio novohispano compartió, por decirlo de alguna forma, la retórica boerhaaviana que adquiere materialidad en las bibliotecas de varios novohispanos.

¹⁴ Müller-Wille, Staffan, *The Buffon-Linnaeus Controversy: A One-Sided Affair*, STEP Meeting Istanbul, junio de 2008, p. 17. (mimeo)

Bibliografía

- Aceves Pastrana, Patricia, (ed.) (2001), *Periodismo científica en el siglo XVIII: José Antonio de Alzate y Ramírez*, México, Universidad Autónoma Metropolitana / Sociedad de Química de México.
- Alzate y Ramírez, José Antonio (1831), *Gaceta de literatura de México*, t. I, Puebla, reimpresa en la oficina del Hospital de San Pedro.
- Bartolache, José Ignacio (1993), *Mercurio Volante (1772-1773)*, UNAM, México.
- Boerhaave, Hermannus (1709), *Aphorismi / de / cognoscendis / et / curandis / morbis*
-- (1735), *Aphorisms: / Concerning the [manus. tachado] Knowledge and cure of diseases*, London.
- (1721), *Aphorismi de cognoscendis, et curandis morbis, in usum doctrinae domesticae digesti*, Linden.
- (1777), *Elementa Chemiae*, Venetiis.
- (1798-1801), *Aphorismi de cognoscendis, et curandis morbis, et materies medica ejusdem suis locis interposita*, Matriti.
- (1821) *Aforismos de Boerhaave para conocer y curar las calenturas. Dados a luz en latín por Maximiliano Stoll*, traducidos libremente al castellano por el Doctor Don Antonio Lavedan, Madrid.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*,
- Gómez Álvarez, Cristina y Guillermo Tovar de Teresa (2009), *Censura y revolución*, Madrid, Trama Editorial.
- Lindemann, Mary (2001), *Medicina y sociedad en la Europa moderna 1500-1800*, Madrid, Siglo XXI.
- Pacheco, José Emilio (1983), *Los trabajos del mar*, México, Era.
- Riera Climent, Luis et al. (2003), "Nota sobre Boerhaave en España", en *Llull*, n. 24, La Rioja, 2003.
- Schiebinger, Londa (2004), *Plants and Empire. Colonial Bioprospecting in the Atlantic World*, Massachusetts and London, England, Harvard University Press, Cambridge.
- Stoll, Maximino (1817), *Aforismo de Boerhaave para conocer y curar las calenturas dados a luz en latín por Maximiliano Stoll*, Tr, libremente al castellano por el Doctor don Antonio Lavedan, Madrid, Imprenta de Don Francisco de la Parte.